

COMPENDIO
DE
LA HISTORIA ROMANA.

PRIMERA PARTE.

LOS REYES.

CAPITULO PRIMERO.

De la Italia en general y de sus primeros habitantes (1).

Antes de principiar la Historia romana, es menester conocer la posición general de Italia é indagar el origen y carácter de sus primeros habitantes. Estudiando las costumbres é instituciones de aquellas poblaciones primitivas, es como se consigue explicar la formación y desarrollo de la antigua Roma, pues todo el secreto de aquel gran pueblo se halla en el arte con que supo apropiarse todo cuanto había de bien y útil entre las naciones que rodeaban su cuna. No vivió sino de prestado, sobre todo en los primeros tiempos, y este fenómeno nos parece digno de observarse.

(1) AUTORES QUE PUEDEN CONSULTARSE: Entre los antiguos, Tito Livio y Dionisio de Halicarnaso; entre los modernos, Heeren, *Manual de historia antigua*; Arendt, *Manual de antigüedades romanas*; Duruy, *Historia de los Romanos*; Am. Thierry, *Historia de los Galos*, etc.

§ I. Nociones geográficas sobre la Italia en general.

Sus límites y grandes divisiones. Los límites de la Italia son por el norte los Alpes, por el este el mar Adriático que llevaba también el nombre de *mare Superum*, por el sud el mar Jónico (*mare Ionium*) y el mar de Sicilia (*mare Siculum*) por el oeste el mar Inferior ó mar Tirreno (*mare Inferum aut Tyrrhenum*). En las costas de Liguria se llamaba también á este mar *mare Ligusticum*.

Se divide este territorio en tres grandes partes: 1.º la Italia superior ó setentrional desde los Alpes hasta los ríos Rubicon y la Macra; 2.º la Italia central desde el Rubicon y la Macra hasta Silaro y el Frento; 3.º la Italia inferior ó meridional desde estos dos últimos ríos hasta Sicilia.

De las montañas. Las montañas de Italia son los Alpes y los Apeninos. « Los Alpes son las montañas mas grandes de Europa; separan la Italia del continente... Se dividen en Alpes marítimos (*maritimæ*), cotienses (*cothia, vel cottiana*), griegos (*graica*), peninos (*pennina*), recianos (*rhætica*), cadorienses, julianos, nóricos (*norica, tridentina*). Los Alpes marítimos separan del mar el valle del Pó. Son una segunda barrera por esta parte. El Var y los Alpes cotienses y griegos separan la Italia de la Francia; los Alpes peninos de la Suiza; los Alpes recianos del Tirol; los Alpes cárnicos y julianos del Austria. Los Alpes nóricos son una segunda línea y dominan el Drava y el Muer.

Los Apeninos son montañas de segundo orden, muy inferiores á los Alpes; atraviesan la Italia y separan las aguas que van al Adriático de las que van al Mediterráneo. Empiezan donde concluyen los Alpes, en las colinas de Santiago, cerca del monte Ariol, el último de los Alpes. Santiago y el collado de Cadibona, inmediato á Savona, son mas bajos todavía, de suerte que dicho punto es al propio tiempo la parte mas baja de los Alpes y la mas baja de los Apeninos. Desde la primera colina, la de Cadibona, los Apeninos van elevándose siempre, por un movimiento inverso al de los

Alpes, hasta el centro de Italia. Se dividen en Apeninos ligurianos, Apeninos etruscos, Apeninos romanos, Apeninos napolitanos... Los Apeninos romanos terminan en el monte Velino, que elevándose á 4,300 toesas sobre el nivel del mar, está cubierto de nieve todo el verano. Desde este punto, los Apeninos van descendiendo hasta la extremidad del reino de Nápoles (1).»

De los volcanes. Antiguamente en todas estas montañas hubo volcanes. El naturalista puede aun hoy encontrar horribles vestigios de ellos en los montes basálticos del Tirol, del Veronesado, del Paduano y del Vicentino. El historiador los encuentra en las tradiciones populares que cuentan los ruidos subterráneos y los trastornos experimentados en la Etruria, tierra clásica de prodigios. Añádase á estas relaciones la fábula de Caco, vomitando llamas en las orillas del Tiber, la sima de Curcio en Roma, las murallas de fuego elevadas á Prenesto en el Lácio, las islas que habian salido del mar, los campos Flegrenos, las erupciones del Etna y del Vesuvio, y se verá á toda la Italia antigua agitada constantemente por convulsiones volcánicas. Hoy no se habla ya sino de erupciones alternativas del Vesuvio y del Solfatara, del horrible cráter del Etna y del movimiento de las islas Liparias que conmueven el Mediterráneo.

De los ríos. Los ríos de Italia son: al norte el Pó (*Padus*) que recibe por principales afluentes el Tesino (*Ticinus*), el Adda (*Addua*), el Mincio (*Mincius*) y el Trebia (*Trebia*); el Adige (*Athesis*); el Piava (*Piavis*) é infinidad de otros torrentes que bajan de los Alpes para arrojarlos inmediatamente en el Adriático. En la península los Apeninos están demasiado cerca de los dos mares para que los ríos tengan largo curso. No se distinguen mas que el Arno (*Arno*) en Etruria, el Tiber (*Tiberis*) en el Lácio, y el Vulturno (*Vulturinus*) en la Campaña. Los otros ríos son insignificantes (2).

(1) Esto ha sido tomado de la admirable descripción de la Italia hecha por Napoleón en Santa Elena. V. *Mémoires pour servir à l'histoire de France sous Napoléon*, t. III.

(2) Véase para mas detalles la *Geografía Histórica* del autor, cap. I.

Del clima y de las producciones. La Italia debe á su magnífica posición el privilegio de gozar de todos los climas y de ver prosperar en su suelo toda clase de vegetación. «El verde sombrio de los abetos, dice Cantu, se designa continuamente sobre las nieves eternas del monte Cenis, del Esplughen, del San Godardo; praderas aromáticas ofrecen al pié de los Alpes abundantes pastos á los ganados, y ciudades lombardas se levantan en la llanura en medio de calles de moreras y álamos. Una vez pasado el Pó se ven aparecer las alturas coronadas de jardines en terraplenes, y cerrillos ornados como en un día solemne de festones, de pámpanos, brillando en el centro las hojas argentinas del olivo. Luego se presentan los bosques de naranjos y limoneros de la Campania; y la palmera, el cactus, el aloe advierten de la proximidad del Africa. Si se llega del mar, la sonrisa de Nápoles y de Mergelina hace encontrar lo que prometió el proverbio: *Un pedazo del cielo caido sobre la tierra* (1).» Se comprende que una comarca tan bella haya tentado á todos los pueblos del mundo antiguo, y que se hayan disputado con ardor su posesión.

§ II. Del origen de los primeros habitantes de Italia y de sus diversos establecimientos.

No hay nada mas oscuro é incierto que el origen de los primeros habitantes de Italia, así como de la historia de sus diferentes establecimientos. A pesar de los esfuerzos de los antiguos y de los modernos, la solución de todos estos problemas es muy nebulosa é incompleta. Manifestaremos sin embargo lo que hemos encontrado de mas verosímil en medio de tantas tradiciones discordes, pero siempre observando que semejantes conjeturas nos inspiran natural desconfianza.

De los Pelasgios. La población mas antigua de Italia, la que tomó por orgullo los sobrenombres de *Aborígenos, Casci*

(1) Cantu, *Histoire Universelle*, t. II, p. 407.

Opici, es decir, autochthones, era probablemente uno de los restos de la gran familia de Pelasgio, cuyas excursiones hemos seguido en la Grecia. Según la tradición edificaron doce pueblos en Etruria, doce en las orillas del Pó y doce al medio del Tíber (1). Estos terribles hijos de Enack (ó de Inacus) marcaron su paso por la tierra con construcciones gigantescas de que todavía se encuentran vestigios en las numerosas minas de Sabinia y del Lácio.

De los Sicanios y de los Ligures. Poco despues de la llegada de los terribles colonos, el norte de Italia fue invadido por las tribus ibéricas de los Sicanios y de los Ligures (1600). Dichas tribus, rechazadas por una invasión de los Celtas, salieron de España, donde se habían fijado, y se establecieron sobre ambas vertientes del Apenino setentrional en la comarca que mas tarde recibió de los Romanos el nombre de *Cisalpina*. El carácter belicoso de estas naciones, su costumbre de dividirse en otras tantas colonias ó poblaciones como valles ocupaban, fraccionó su poder hasta lo infinito y los tuvo sin cesar armados unos contra otros. Tan frecuentes combates y la llegada de los Ombríenos decidieron el paso de los Sicanios á Sicilia, cuya posesión partieron con los Sicules, que parece fueron los primeros habitantes de la isla.

De los Venetos. Despues de los Ligurianos vinieron de Tracia y de Iliria los Venetos. Este pueblo hasta entonces tan pobre y tan débil adquirió muy pronto riqueza y poder en la parte occidental del Cisalpino, donde se estableció. Padua era la capital, y hacia un brillante comercio con Grecia y la Sicilia. Esta valerosa nación arrojó á los Eugabienses, y cuando los Etruscos vinieron luego á reclamar con las armas en la mano su parte de sol en aquella tierra encantadora de Italia, la Venecia se mantuvo firme y resistió victoriosamente los ataques de sus enemigos.

De los Ombríenses. Los Venetos, los Sicanios y los Ligures ocupaban la Italia superior cuando se vió descender de la cumbre de los Alpes á los Galos Ombríenses (*Ambra*, no-

(1) Véase l'*Histoire Ancienne* del autor, p. 416.

bles, valientes) (1350). Atacaron á los Sicarios todavfa establecidos sobre el declive setentrional de los Apeninos, los obligaron á pasar á Sicilla, y repartieron el pais conquistado en tres porciones: la Is-Ombria ó baja Ombria que comprendia las llanuras circumpedáneas, la Oll-Ombria ó alta Ombria, entre el Adriático y el Apenino, y la Vil-Ombria, ó Ombria marítima, entre el Apenino y el mar Tirreno. Aquellos bárbaros habitaban pequeños lugares abiertos, en medio de las llanuras, y vivian divididos en colonias ó tribus á la manera de los Celtas.

De los Etruscos. Despues de haberse multiplicado mucho, hácia el año 1050, los Etruscos llamados *Rhasena*, *Tusci*, salieron de la Rhecía y penetraron en Italia por los Alpes Rhecianos. Se establecieron primero en la Vil-Ombria y atacaron á los Oll-Ombrianos que al fin tuvieron que pedirles la paz. Estos nuevos conquistadores consiguieron aun llegar á formar tres grandes confederaciones compuestas de doce plazas fuertes que los hicieron por algun tiempo dueños de casi toda la península, desde los Alpes hasta el estrecho de Mesina. Reinaba la primera de dichas confederaciones sobre las orillas del Pó, la segunda tenia su centro cerca del Tiber en el pais de los Volgos y de los Rutulos, la tercera en la Campania. Vulturum, Nola, Pompeya y Herculano fueron sus principales ciudades. Cultivaban con grande éxito las ciencias y las artes, y su dominacion substituía en toda Italia á las rudas costumbres de los bárbaros las brillantes luces de una civilizacion relativamente muy avanzada. Pero carecian de unidad, y esta fue la causa de haber perecido tan grande nacion.

De los Griegos. Los Griegos los arrojaron del mediodia de Italia y fundaron tantas colonias que por su número se llamó aquella comarca la *Grande Grecia*. Cumes fue la primera de las ciudades griegas que substituyó su dominacion á la de los Etruscos. Luego se elevaron sucesivamente Metaponte, Naxos, Siracusa, Híbla, Leontium, Catana, Sibaris, Tarento é infinidad de otras grandes poblaciones que aclimataron, bajo el cielo de Italia y de Sicilia, las costumbres y la

civilizacion de la Grecia (1). Todas estas colonias tuvieron sus filósofos y sus legisladores, como su madre patria. Pitágoras enseñaba en toda la Grande Grecia, mientras que Tales de Mileto tenia la primera escuela de filosofía en Jonia. Charondas y Zaleuco publicaban allí su código de leyes y se hicieron los bienhechores de aquella comarca, del mismo modo que Licurgo y Solon lo habian sido de Atenas.

De los Oscos. Mientras los Griegos ilustraban así la Italia, al paso que la sometian á su dominio, se vieron aparecer en el centro las hordas bárbaras de los Oscos. Eran una mezcla de todas las naciones que habian venido anteriormente á disputarse el imperio de Italia. Pronto se unieron todos estos pueblos y sacudieron el yugo de los Etruscos. Adquirida su libertad, quedaron divididos en dos grandes confederaciones, segun la naturaleza de su posicion geográfica: los hombres de las montañas y los hombres de la llanura. Los montañeses se llamaban *Sabelianos*, y sus principales tribus comprendian los Sabinos, los Marses, los Samnitas, los Equos, los Herniques etc. Los *Osci* ó habitantes de la llanuras contaban entre ellos á las tribus de los Volgos, de los Latinos, de los Arunces

(1) Tomamos de Cantu la tabla de las colonias griegas, segun la diferente época de fundacion de cada una.

1050. Cumes, fundada por los de Cymo en la Eubea, antes de la destruccion de Troya, produjo á Nápoles y á Zancle, que despues tomó el nombre de Mesana; de Zancle salieron Himera y Myles.
900. Metaponte, por los Pilenos de Elida, á su regreso de Troya, luego vuelta á poblar por los Aqueanos y los Sibaritas.
736. Naxos, por los Calcideos de Eubea.
730. Siracusa, por los Corintios: de ella, Acra en 665, Casmena en 645, Casmarina en 600.
730. Híbla, por los Megarenses; de ella Tapsos.
730. Leontium, por los Calcideos; poco despues Catana.
720. Sybaris, por los Aqueanos ó Aqueos: reemplazada por Turium, en 446 de ella Posidonia en 310.
740. Crotona, por los Aqueos.
707. Tarento, por los Lacedemonios; de ella Heraclea en 432.
690. Gela, por los Rodios; de ella Agrigento en 582.
683. Locre de los Epizefirianos, por los Locrios.
668. Regio, por los Calcideos.
664. Mesana, por los Mesenios.
536. Elea, por los Focios que en 600 fundaron Marsella.
446. Turium, por los Atenienses.

é infirmitad de otras hordas esparcidas en el Lacio y la Ausonia (1).

De los Galos. Los Etruscos dominaban aun toda la Italia setentrional hácia mediados del siglo VIII, cuando fue fundada Roma. En el año de 587 una horda de Galls, compuesta de Bituriges, de Edues, de Arvernes, y de Ambarres, pasó los Alpes bajo el mando de Belloveso, desembocó por el monte Ginebra y les presentó la batalla en las márgenes del Tesino. Belloveso salió victorioso y se apoderó de todo el país que se extiende entre el Tesino y el Adda, al cual le dió el nombre de Insubres, aludiendo á las antiguas conquistas de los Ombríenses; echó los cimientos de *Mediolanum* (Milan) é hizo de ella su capital.

Después bajó de los Alpes otro nuevo ejército de Alerkes, de Carnutas y sobre todo de Cenomanos. Su jefe ó Brenn era el impetuoso Elitovius (*el Huracan*.) Ayudados de los Insubres, arrojaron á los Etruscos de la Transpadania, fundaron Brescia y Verona y conservaron el nombre genérico de *Cenomanos*. Otra tercera emigracion formada de tribus ligurienses se colocó poco después al occidente de los Insubres, del lado opuesto del Tesino.

Lo que habia provocado estos movimientos en lo interior de la Galia, era una invasion de Cimbrios ó (*Kimris*) que habian dejado los bosques de la Germania y atravesado el Rhin. Después de apoderarse de las comarcas setentrionales de la Galia, muchas de sus tribus victoriosas se destacaron y cayeron sobre la via abierta por los Galos por la parte de Italia. Con el nombre de Boyes, de Anamanes y de Lingones se establecieron en la orilla derecha del Pó, y formaron lo que los Romanos llamaron después la *Galia Cispadana*. Los Lingones estaban colocados cerca del mar, no lejos de la desembocadura del Pó; los Boyes eligieron por capital á Felsina que llamaron *Bononia* (Bologna), y les Anamenses se fijaron al occidente de los Boyes. Una banda de Cenones, que vino des-

(1) Se llamaba así el país que se encuentra al sud del Lacio. Se habia extendido desde el promontorio de Circe hasta el estrecho de Sicilia, pero era entonces muy reducido, pues lo formaban solo algunas ciudades.

pues de todas estas tribus, edificó á *Sena* (Sinigalia) su capital, al sud de los Lingones, y se apoderó de todo el litoral del mar superior hasta el rio Aesis, es decir, hasta el norte del Picenum.

Los Etruscos se encontraron de este modo estrechados entre los Apeninos, el Picenum y el Lacio. La confederacion contó sin embargo doce grandes ciudades mas, entre las cuales se distinguian *Pisæ* (Pisa), *Pistoria* (Pistoya) *Fasula* (Fiesola), *Perusia* (Perusa), *Falerii* (Falari) y *Veies*. Pero esta última revolucion en el norte de Italia no tuvo lugar sino es el año 521, de consiguiente siglo y medio después de la fundacion de Roma.

§ III. De las instituciones civiles y religiosas de todos los antiguos pueblos de Italia.

Cuando Rómulo echó los cimientos de su grande ciudad, no habia pues en Italia mas que tres naciones considerables de raza distinta; los Griegos-Helenos en el mediodia, los Oscos en el centro y los Etruscos en el norte. No tenemos que ocuparnos ahora de los primeros, cuyas costumbres, doctrinas y hábitos eran los de las ciudades que produjeron estas colonias; pero apoyaremos tanto mas sobre las instituciones civiles y religiosas de los Oscos y de los Etruscos cuanto que ellas explican por sí solas el carácter y la constitucion de la antigua Roma.

DE LOS ETRUSCOS.

De su gobierno. Los Etruscos eran muy religiosos; no obstante, su gobierno no fue nunca puramente teocrático como el de todas las grandes naciones del Asia. Sus *lucumones* ó gefes eran al mismo tiempo sacerdotes y guerreros. El carácter sacerdotal y el génio militar se reunian en ellos con igual medida. Todas sus grandes ciudades tenian un *lucumon* encargado de hacer justicia cada nueve dias y de arreglar todos

los negocios administrativos. Entre estos magistrados elegía la confederación un jefe en los momentos de peligro. Sus insignias eran el traje de púrpura, la corona de oro, el cetro con un águila en el extremo, el hacha, el haz, la silla curul y doce lictores. El pueblo se dividía en tribus, en curias y en centurias. Cada confederación se limitaba al número sagrado de doce ciudades; pero el territorio de estas grandes poblaciones encerraba otras muchas plazas importantes que les estaban sometidas, y fueron en las que se habían refugiado los indígenas después de su derrota, pero sin tener asambleas ni magistrados, ni disfrutar derecho alguno civil; estaban absolutamente á discreción de los *lucumones* y de las asambleas que estos presidían.

De la religión de los Etruscos. Como todos los pueblos antiguos los Etruscos tenían dos doctrinas, la una *esotérica*, es decir secreta y misteriosa, la otra *exotérica*, ó pública. La primera estaba reservada á los sábios y á los sacerdotes: la segunda era la única que se hacía conocer al pueblo. En la doctrina secreta se encerraban la mayor parte de las verdades que fueron objeto de la revelación primitiva; así sus filósofos sabían que no hay más que un Dios, que el hombre ha sido formado de barro y creado en un estado perfecto, del que ha decaído, y que después de la muerte los justos serán eternamente felices y los malos eternamente castigados. Pero en medio de conservar puras estas verdades fundamentales, se embaucaba al pueblo con los más insentados desvaríos. Se le habló de tres grandes dioses, Júpiter, Juno y Minerva, que tenían como inferiores á otros doce dioses ocupados en gobernar el mundo. La imaginación de los Etruscos, dirigida por semejante vía de errores, divinizó después cuantos objetos le chocaban. Toda la naturaleza material se pobló de divinidades; cada familia tuvo sus *penates*, cada casa sus *lares*; hasta se introdujeron en su mitología todos los dioses de los Pelasgos y de los Griegos, sin embargo con la diferencia notable que siempre supusieron á sus divinidades mucho más morales que las otras.

De los sacerdotes etruscos. Con tan desfiguradas creencias

se comprende fácilmente que los Etruscos habían de ser en extremo supersticiosos. Una de las graves ocupaciones de sus sacerdotes consistía en observar el vuelo de las aves y sobre todo el resplandor de las centellas para sacar augurios. Se decía que tenían el poder de atraer los rayos, y en sus libros de adivinación se hallan extensamente detalladas las diferentes inducciones que sacaban de los diversos modos con que el relámpago surca las nubes. Esta superstición daba á los sacerdotes un inmenso poder; la credulidad del vulgo los hacía intervenir en todos los actos públicos y privados; hubiera sido una impiedad terrible elegir un magistrado, fundar una ciudad ó ni siquiera levantar un campo sin el sacerdote y sus santas ceremonias. El derecho mismo de propiedad era consagrado por la religión, pues los Etruscos no respetaban los límites del campo de sus vecinos sino por temor á los dioses.

De las letras, de las ciencias y de las artes. Los Etruscos gozaban de grande reputación de saber y de habilidad. A sus escuelas enviaban los Romanos á sus hijos. Se cree que los números que llamamos *romanos* son de invención etrusca. Varrón cuenta que desde los tiempos remotos tenían una literatura muy rica. Desgraciadamente no ha llegado hasta nosotros ninguno de sus numerosos monumentos literarios; lejos de conocer su literatura, los sabios no pueden ni aun decir qué lengua hablaban.

El tiempo ha respetado más sus obras de arte. Se les atribuyen con seguridad las murallas exteriores del Capitolio, el grande albañal construido en la época de Tarquino, el anfiteatro de Sutrium, el teatro de Adria, y en general todas las obras más antiguas de Roma. Se admira sobre todo sus sepulcros, que colocados en extensos hipogeos, formaban sombríos cementerios. El cementerio de Tarquinias, á doce leguas de Civita-Vecchia, es uno de las más célebres. Recientes descubrimientos han presentado á la curiosidad de los anticuarios una infinidad de vasos etruscos cuya belleza y elegancia prueban la perfección del arte.

Del gobierno de los Oscos y de los Sabelinos. Estas poblaciones formaban otras tantas repúblicas aristocráticas. La aristocracia era representada en ellas por un senado elegido entre las familias de los patricios. El senado se hallaba investido de todos los poderes, y no confiaba las primeras dignidades del Estado á magistrados particulares sino por un tiempo determinado. El carácter bárbaro de aquellas hordas se manifestaba por su superstición y por sus instituciones judiciales. Muchos puntos de contacto podían establecerse bajo el punto de vista de las leyes y del gobierno entre las naciones del Lacio y los hombres del norte que se disputaron los despojos del imperio Romano. Como los Germanos, los Oscos y los Sabelinos se remitían en sus debates á las *ordalias*, ó juicios de Dios. Castigaban también las injurias con multas, reconocían el derecho de asilo para proteger al débil contra el fuerte, tomaban consigo servidores adictos que, como los *comites* germanos, los seguían por todas partes en vida y muerte; en fin sus patricios ó nobles tenían sus clientes, á los cuales recordaban despues involuntariamente los vasallos del feudalismo. Se hallaban igualmente divididos en tribus, las cuales formaban confederaciones que solo se ponían en movimiento, cuando había peligro, para rechazar al enemigo comun. Mientras duraba la paz, cada familia era libre y gozaba en sus dominios de autoridad absoluta.

De su religion. La religion de estos pueblos se reducía á un naturalismo grosero. Una fuente, una casa, un pueblo, en una palabra, todos los objetos que herían sus sentidos ó llamaban su atención, eran para ellos otras tantas divinidades. Sobre estos dioses terrestres colocaron sus dioses nacionales, á quienes consideraban como soberanos absolutos de sus destinos. Nada hacían sin consultar los dioses, y su superstición los llevaba á recurrir incesantemente á los oráculos y adivinos; pero como los sacerdotes del Lacio no pasaban por tan hábiles como los de Etruria en estos artificios, tenían

menos influencia, y en toda la confederación de los Oscos se les vió siempre inferiores á los guerreros.

Entre los Sabelinos, en medio de aquellas hordas de montañeses, había ritos sangrientos cuyo pensamiento hace estremecer de horror. Se inmolvaban víctimas humanas, según una antigua preocupación que hacía creer á los Italianos que debían sacrificar á los dioses todo cuanto naciese durante la primavera. Se mancillaron los altares con la sangre de los niños que veían la luz en dicha época; pero en la série de los tiempos, cuando se fueron suavizando las costumbres, se pensó valía mas empeñarse por voto á enviarlos, así que fuesen vigorosos, á fundar en otras partes establecimientos bajo el patronato de la divinidad á que habían sido consagrados. Esto es lo que sellamó la *primavera sagrada* (ver *sacrum*), institución que contribuyó mucho á la prosperidad de cada ciudad, pues multiplicó las colonias.

De las costumbres de los Oscos. Antes de la fundación de Roma eran estos pueblos casi enteramente extraños á toda civilización. En su lengua había tres dialectos, el osco, el sabelino y el latino; pero semejante lengua no había producido todavía ninguna obra literaria, salvo tal vez algunos groseros cánticos. La simplicidad ruda y salvaje tenía al menos por compañeras costumbres castas y puras, como las de todas las poblaciones agrícolas. Se habituaba á los niños á una vida austera, haciéndoles acostarse sobre la tierra, bañarse en los ríos en el invierno como durante el verano, y ejercitarse en el cultivo de los campos, en la caza y en el manejo de las armas. Los Oscos eran sóbrios, vestían sencillamente, y miraban como sagrados los derechos de la hospitalidad. De esta población fuerte y poderosa debía elevarse Roma para hacerse dueña del mundo entero.